

# A TRAVÉS DE LA HORNACINA

## CAPITULO 1º: REENCUENTRO

Ha madrugado para llegar temprano. Aparca. El reloj de la torre le brinda las campanadas de las nueve. Sale del coche. La escarcha aún vence a la vainilla del sol que con su manifiesta presencia, parece querer arredarle. Dentro también hiela: está nerviosa. Oye tractores lejanos que van al campo. Mujeres redondas, de ropa anticuada y cara roja, le clavan sus interrogantes. Esperan un *buenos días* y no se lo niega. Es más, lo acompaña de una sonrisa bajo sus gafas de sol. Contestan parcas e insatisfechas. A su espalda, escucha con nitidez a la indiscreción replicar: *¿quién es ésta?* Quizá no bajen el tono premeditadamente para provocar que vuelva sobre sus pasos y extienda su árbol genealógico sobre el pavimento. No lo hace. Sabe que el ser descubierta será cuestión de un rato. Prefiere disfrutar de su efímero anonimato.

Encamina sus pasos hacia la Plaza de San Juan. Ahora no hay nadie. Si aquellas fachadas pudieran hablar, le saludarían con sonrisas de medio lado, unidas a la redundancia verbal sin respuesta que utilizan en la zona, para alegrarse de ver a un recién llegado: *¿es qué has venido?* Blanca también lleva pintada en el rostro la mueca del reencuentro.

Mira a su izquierda. Primero con el rabillo del ojo y, después, plenamente vuelta hacia ella como si le hubiera gritado: *¡eh tú!, ¿es que ya no te acuerdas de nadie?* Y allí está, mayor, pero sin perder un ápice de encanto. Su fachada no ha

cambiado apenas nada: la casa. Por primera vez cae en la cuenta de que la puso en el camino de la arquitectura ¡Como si su carrera hubiera podido hacer algo por salvar lo insalvable: el espíritu del inmueble tal y como lo recordaba con sus trece años! Imposible, todo aquello murió.

La besa con la mirada y se vuelve hacia el *Peñón del moro*. Desde esta perspectiva no se ve la torre árabe que queda a su pies. Va a subir, a pesar del frío, para una primera toma de contacto. Probablemente hoy sólo se dará una vuelta de inspección ocular apuntando impresiones. Está impaciente por agilizar la toma de datos, a fin de comenzar de lleno con el proyecto, con el trabajo de gabinete, de donde saldrán las soluciones para *revivir a un muerto*. El entusiasmo le embarga desde que se sabe la coordinadora del reto que supondrá *despertar* a la antigua torre árabe del pueblo de su padre.

La vida concatena sus designios de forma curiosa para que hoy, tras estudiar arquitectura técnica, cosa que nunca rondó por su cabeza, y aprobar unas oposiciones en un organismo público, le haya brindado con el devenir de veinte años, la oportunidad de *volver*. Sin duda podía haber renunciado al trabajo arguyendo que prefería la asepsia del desarraigo para trabajar; que se sentía más cómoda diseccionando un edificio, un paraje incluido dentro de un municipio cualquiera que no tuviera la carga emocional que para ella representa éste. Su jefe es una de esas especies en extinción que admite el diálogo y la sugerencia, por cuanto, con insinuar un cambio, se lo hubiera concedido sin pedir demasiadas explicaciones. Pero cuando ha tenido en sus manos el encargo, su corazón, como buen corazón, ha traicionado a la razón.

Su infancia, su adolescencia y primera juventud están impregnada de aquellas sensaciones, que ahora aquilata: olor a chimenea y a horno de pan mañanero, a mariposas en el estómago que delatan amoríos y que en ese instante, no sabe por qué, le estrujar el abdomen, a orquestas en la plaza con bailes hasta el amanecer que le parece estar oyendo a lo lejos, a vestidos de estreno y risas desinhibidas... .

El pueblo había salido de su vida *definitivamente*, hasta la semana pasada. Aquella etapa se cerró de un portazo, para no tener intención de volverse a abrir hasta hace tres días. Su jefe la llamó a su despacho y le asignó el trabajo de *la rehabilitación de la torre árabe de Alhizán*, que contaba con un *presupuesto de contrata de veinte millones de pesetas, unos ciento veinte mil euros*. Se quedó petrificada. No reaccionaba ante la cara circunspecta que se le puso a su superior, cuando éste, a su vez, observaba a la de Blanca : ¿ qué te ocurre? ¿ No puedes asumir este trabajo?

*A los sitios donde fuiste feliz no debieras tratar de volver*, dice el poeta. Probablemente el aforismo es válido desde el sentido racional, pero el mismo tiempo verbal utilizado en la oración principal, expresa claramente que, la nostalgia podría considerarse como sexto sentido, mucho antes que la racionalidad. Blanca hizo suyo aquel musicado verso, cuando su vida se tornó universidad y nuevas amistades y lo de bailar en la plaza ya no le reportaba alicientes. Un día le habían crecido las piernas y los brazos por entre los huecos de sus ropas, y de golpe se veía ridícula intentando avivar un fuego extinto. Lo que entonces no sabía, es que sería temporal. Con el paso de los años aflorarían, como ya estaban haciendo, sus sedimentos transformados en

valiosos fósiles, devolviéndole una película idílica sobre sus primeros dieciocho años, a la que la censura de la mala memoria, corta casi todas las horas amargas y aburridas.

El encargo profesional actúa hoy de arqueólogo sobre ella. Escucha el nombre de *la película, su película* y empieza a tararear la banda sonora, sintiéndose de pronto la jovencita de las bailarinas rojas. Parecía que, desde el viernes, se le estuvieran cayendo los años de los bolsillos, unos bolsillos que guardan treinta y seis octubres. Y esa sensación, esa mezcolanza de felicidad y comezón, de querer y no querer, de reencuentro con antiguos amores y fantasmas, es la que la ha llevado por la carretera serpenteante que llega hasta Alhizán, hoy lunes, quince de enero.

Sin embargo esto no es del todo cierto. Su estado de ánimo anda desaforado desde hace meses, preparándose para la explosión. Carlos, su padre, dispendia por primera vez su vida: está recién jubilado. Esta nueva etapa parece haber decidido dedicarla a desempolvar sus raíces a través del gusto de visitar cada vez con más frecuencia la casa que lo vio nacer. - *Ven con nosotros este fin de semana. ¿Por qué no?* Sus negativas se tornan silencios ante la insistencia de sus mayores, ante su ilusión por invertir su tiempo y escasos ahorros en resucitar el trozo de casita que les tocó en la herencia familiar, cuando partieron en cuatro el hermoso inmueble de los Díaz de Almendíaz. No obstante, en la actualidad, su familia paterna no podría estar más disgregada. El congelador del olvido funciona a tope y todas las momias que componen su núcleo familiar siguen durmiendo en sus sarcófagos. En estos últimos veinte años, tibios intentos (casi siempre unidireccionales) de construir algo juntos, se cuentan con los dedos de una mano: cuando murió el tío de Jerez, cuando murió la

tata, cuando murió el tío Francisco... Nada, zanjas más profundas se fueron excavando. Simplemente es imposible. Incompatibilidad de caracteres. Sus tíos (Víctor, Eugenia y Rosa) y su padre son irreconciliables como hermanos, por lo que sus descendientes no tienen contacto. Si van al pueblo, procuran hacerlo por separado. La última vez que se reunieron fue en la boda del chico mayor del tío Víctor en su Madrid de adopción, hacía... ¿nueve años? Blanca sólo mantiene cierta relación con una de sus primas, las gemelas, hijas de tía Eugenia: Inma se casó y se fue a vivir a Santander con un chicarrón del Norte. María se casó con un muchacho de la capital y tiene dos niños. Con ella es con la que a veces queda de higos a brevas. Fin de la familia Díaz de Almendíaz.

Y esta gelidez creada en torno al apellido, mantenida en el tiempo, al principio de manera inopinada pero de hecho dilatada, ha conseguido congelar el río del sentimiento y anestesiar las heridas, de manera que Carlos, en su ya iniciada vejez, se está sintiendo capaz de cruzarlo sin miedo, con objeto de acercarse a la orilla y desembridar su pasado, reconstruyendo con él, un presente moderadamente feliz. Aquel agujero que supuso su infancia y juventud en una casa huérfana de madre y como consecuencia huérfana del arropo insustituible de *ella* desde sus siete años, es la asignatura pendiente de toda una vida sobre inestables cimientos. La idea de pasar temporadas en su casa, sin prisas, clavando púas, arreglando cables o encalando paredes, haciendo suyo por primera vez aquel espacio, está suponiendo una terapia de reconstrucción personal, mucho más efectiva que cualquier psicoanálisis.

El hecho de ver a su padre feliz como nunca, nadando despreocupado en su pecera, le ha hollado el camino del subconsciente para volver a pisar aquella plaza. Sólo necesitaba el empujón que suponía aquel ¿fortuito? encargo laboral.

La llave de la casa espera en la guantera del coche, por si las moscas, se le ocurre entrar. Pero no lo cree. El pensarlo le da repelús, respeto y por qué no reconocerlo: miedo. También tiene crípticos recuerdos del escenario familiar que le marcan profundamente, aunque estos no hayan quedado del todo reflejados en sus fósiles. Tuvo una época de juventud en que la obsesión por ellos se convirtió en el centro de su vida, descompensándola. Se esforzó en canalizarlos, trabajo que le llevó años. De cualquier forma, seguiría teniendo presente facetas que descubriría en aquella época, como tantas otras cosas, aun sin ella fomentarlas. Pero ha conseguido conducir los acontecimientos a través del sueño, nunca en vivo y en directo. Con una vez fue suficiente...

Ya verá si más tarde le quedan ganas de entrar en la casa o no. Ahora va subiendo por las calles empinadas, que se supone le llevan al monumento. Parece mentira, pero en todos los años que pasó sus vacaciones allí, casi nunca paseó más arriba de la plaza. Sus objetivos estaban en llano y nada, ignorante adolescencia, les incitó (a Blanca y a sus inseparables primas mellizas) a callejear. Todo lo más, el recorrido de la procesión que desde luego, no tenía por itinerario aquellas estrechuras.

La verdad es que se trata de un municipio con mucho encanto, incómodo en su recorrido por sus pendientes, pero muy pintoresco. Casillas encaladas de construcción sencilla, algunas incluso con corrales todavía en uso que, van dejando atrás, en su

ascenso, a los inmuebles más señoriales del entorno de la Iglesia. Su alma musical transpira arpegios anónimos de instrumentos de viento, que enmarcan el ambiente con pentagramas. Ropa tendida desprende en su vaivén, aromas a jabón antiguo. Geranios y gitanillas multicolores no se percatan de la lejanía de la primavera y a través de su ignorancia, hermocean con diseño mediterráneo la sencillez del blanco vertical; puertas agotadas, de tanto trabajar sin vacaciones, aparecen maquilladas en verde prado... y el cielo: el que en este instante mira con candidez recobrada y contiene el azul más impoluto que se pueda encontrar en toda la península ibérica, una mañana de invierno.

Sabe fehacientemente que la poca gente que va encontrando, y a la que saluda educadamente por el camino, no la reconocen. Es más, unos niños que iban tarde a la escuela, la confunden con una extranjera y empiezan a monear alrededor suyo mascullado palabras inventadas con terminaciones anglosajonas del tipo: “ing” ó “peich”, hasta que Blanca detiene su escalada, se apoya en una puerta de lo que parece y huele a corral y, harta de los chiquillos, les dice todo lo rajado que puede: ¡anda niñoo, tirá pal colegio y no deis ma por saco, que yo soy ma de aquí que vuestro padre! Se quedan a cuadros, dan un grito ante el susto de que aquella giri hable, no sólo en castellano si no en alhízense y salen corriendo como almas que lleva el diablo. Le da la risa floja. Prosigue su incierto camino y mientras toma la cima del objetivo, su ánimo se torna optimista hasta el punto en que se sorprende silbando canciones que no tenía conciencia de recordar e imprime a sus pasos pequeños saltos totalmente innecesarios para salvar aquellas cuestas de *promesa mariana*.

- Vaya, conque tú eres la Torre árabe con asignación presupuestaria doce mil euros. Pues encantada de conocerte. Aunque somos paisanas, no teníamos el gusto. (Ya ha llegado no sin cierta dificultad respiratoria y de itinerario).

Es una construcción de base cuadrada de ocho por cinco metros y unos doce metros de altura. La estructura original es de fábrica de piedra de 1.5 m de espesor, pero ha sido reforzada con morteros varios y casi no se puede ver el material pétreo original. Tiene dos ventanucos cuadrados de 0.5 x 0.5 aproximadamente, en su parte más alta, y un acceso al interior a través de una pequeña puerta de madera, completamente desvencijada, de apenas metro y medio de altura y 0.70 m de ancho... . Va tomando las medidas con su flexo metro y apuntes en su cuaderno de campo. La puerta está cerrada con unos alambres enredados entre el hueco (dónde alguna vez hubo un picaporte) y una púa oxidada que sobresale del marco. Rodea la construcción para comprobar que poco más hay que decir por fuera. El remate del muro es inexistente, pues la coronación está muy deteriorada. Trozos de muro caídos, algunos por las inmediaciones, constatan el hecho. Hace muchas fotos desde distintas perspectivas:

- Estas máquinas digitales son una virguería. (Conserva la costumbre de hablar con ella misma en voz alta).

Lo que no tiene claro es el interior. El viernes anterior, habló con el alcalde por teléfono para informarle de su visita e investigar cual, era el objeto de la rehabilitación de la torre, es decir, si el Ayuntamiento había pensado algún uso concreto del edificio una vez estuviera consolidada la estructura que seguramente sería, si acaso, el único



capítulo a acometer con aquel exiguo presupuesto, teniendo en cuenta su destino: una rehabilitación histórica.

- Pues mira Blanqui (el alcalde sí la conocía, era de los de su pandilla de antaño y habían bailado juntos unos cuantos pasodobles en sus tiempos mozos), nosotros pensábamos en remozarla un poco por fuera y por dentro para: o bien montar un pequeño museo con piezas arqueológicas del pueblo, o una oficina de turismo rural, o las dos cosas, porque tiene dos plantas... . Y luego, con el dinero que nos den en el siguiente plan de obras, haríamos alrededor un mirador, aprovechando la magnífica panorámica del pueblo que se disfruta desde allí ¿Qué te parece?

- Pues me parece genial, Luis. Cosas así son las que necesitan los pueblos para resucitarlos y atraer al turismo rural.

- Pero si vas a venir el lunes yo no voy a estar para acompañarte. Voy a bajar a la capital, de papeleos...

- No te preocupes, me conozco el pueblo y el tajo. No hace falta que estés. Daré una vuelta y luego te comentaré mis impresiones.

- En eso quedamos, Blanqui.

- Un abrazo, Luis. Te llamaré.

Pero con la emoción se ha olvidado por completo de preguntar si se podía entrar a la torre en condiciones de seguridad o, si por el contrario, su estado ruinoso lo desaconseja categóricamente... .Y no va a bajar ahora al Ayuntamiento (que se ve al fondo, pequeñito, con tres banderas ondeando en su fachada) para investigar la cuestión... .Tiene que resolver. Prueba a desatar la maraña de alambres. Sin problema,

dos minutos y la puerta está abierta. Aparece ante ella una sala muy fría, gracias a sus gruesos muros, de unos veinticinco metros cuadrados, con una escalera de dos tramos de ladrillo, que sube hacia una planta alta, constituida por una entreplanta de madera prácticamente inexistente.

- ¡Y decía el alcalde que tiene dos plantas! Las ganas. Más bien que alguna vez las tuvo. No tenían más remedio si querían otear desde unos ventanucos tan altos. Pero estos cuatro palos carcomidos y una escalera de ladrillo macizo en tenguerengue, que no sube a ninguna parte, desde luego no constituye una planta primera.

El suelo de la planta baja parece ser la propia piedra del peñón, pero esta casi por completo cubierto de paja y cacas de cabra. Alguien ha debido usar el edificio como corral hasta hace muy poco, a juzgar por el hedor masticable. Está exhausta. La emoción y la escalada le pasan factura y sin darse cuenta se sienta encima de la paja.

Sí. Siente los ojos negros que han dejado impregnados aquellos muros. Puede percibir la algarabía de su uso original, como torre vigía de la fortaleza. Imagina pies ligeros con babuchas, subiendo y bajando por aquellos escalones de ladrillo, en el momento que se da la alarma de que, a lo lejos se avista a D. Diego de Padilla cabalgando desde Fiñana a la vanguardia de su regimiento, en busca de las últimas sangres con las que la reconquista cristiana, conminaba al exánime Reino de Granada. Después, habría mucho silencio; un silencio de un siglo, de dos, de tres... Un silencio que rompería el monótono balar del ganado cristiano, que ocupó sus entrañas otras dos o tres o cuatro centurias. Y ahora, otra vez silencio. Otro compás de espera que Blanca debe quebrar hoy. Y no se atreve ni a pestañear. Es como si un taxidermista observara

la mariposa más hermosa de la especie y dudara entre cazarla o dejarla escapar viva. *Espera otro rato más, siglo veintiuno*, se dice interiormente. Y cuando se levanta del suelo exonera un peso de su interior, sabiendo que ello implica su estado exultante. Embrida sus sentimientos y se calza con resignación el objetivo de su visita, que anda perdido entre los sillares. Decide bajar. Poco más puede hacer hoy. El reloj de la torre, ahora a su altura, le grita impertinente que son las dos de la tarde. *Qué extraño es el tiempo. Acelera o ralentiza a su antojo sin preguntarme. Volveré pronto, no te vayas*, le dice mimosa en voz alta al edificio. Y bajando las cuestas, ahora livianas, siente en su pecho el regusto que deja la risa recién usada... Como si se hubiese vuelto a enamorar...